

### **Fernando Montañés y su obra**

**Escribe: EDUARDO SANTA**

En el panorama de la escultura colombiana contemporánea, la figura de Fernando Montañés se destaca ampliamente por su firme personalidad, ajena por completo a las modas importadas, al esnobismo, al interesado afán por complacer a los discutibles pontífices de la crítica artística. En este país, donde la verdadera crítica ha sido suplantada por el llamado "amiguismo", esa independencia de carácter y esa indeclinable línea de producir el arte tal como se siente aletear en el espíritu, con el soplo de una vocación auténtica, no deja de ser algo verdaderamente admirable. Además de esto, Fernando Montañés es un trabajador infatigable y, mientras los genios de pacotilla andan revolucionando las artes plásticas desde los cafetines y los costureros, él está en su taller luchando con la arcilla, el yeso y el bronce para imprimirles el sello de su inspiración, en semanas y meses de paciente laborar. Digamos, pues, que en la personalidad artística de Montañés hay tres constantes psicológicas que definen su posición frente a los problemas del arte y de la vida: su autenticidad, su modestia y su capacidad de trabajo.

Justamente en estos días se inauguró, en la Plazuela de la Biblioteca Luis-Angel Arango, una de las más bellas esculturas de Fernando Montañés: la del notable pintor colonial Gregorio Vásquez Arce y Ceballos. Se trata de una escultura de bronce, de medianas dimensiones, en la cual se nos representa al insigne pintor, pincel y paleta en mano, dispuesto a dibujar en el aire, en la atmósfera de dicha plazuela, el primer gran momento de nuestra rica tradición en el campo de las artes plásticas. Ciertamente está allí, ligeramente apoyado en el vilo de su asiento de trabajo, tenso y expectante a la vez, como poseído por su numen creador, en un momento psicológico de tal inten-

sidad que parece mover su mano creadora sobre el lienzo invisible de los días. La escultura fue elaborada por Montañés con base en los autorretratos que el famoso pintor legó a la posteridad y, además de su gran expresión psicológica, acusa un sorprendente dinamismo. Todos los músculos, toda la expresión del rostro, de cada una de las partes del cuerpo, tienen un movimiento natural, como si en realidad la figura ya un poco legendaria de Vásquez Ceballos se hubiera detenido en el tiempo y estuviera allí, dispuesta a seguir pintando sus ángeles y sus madonas, en medio del estrépito de una ciudad congestionada y bulliciosa, tan distante de la tranquila y monacal villa de Santafé de Bogotá, donde discurrió hace más de dos siglos su vida de artista y de aventurero, en medio de la tranquilidad, del chismorreo, de la llovizna, del sonido que se desgranaba de las campanas de la iglesia vecina, y también de la miseria que siempre acompañó, como una especie de hada madrina, a este desventurado genio de la pintura colombiana.

Fue un acierto del Banco de la República encargarle al maestro Montañés la escultura con la cual se propuso honrar la memoria del pintor Vásquez Ceballos. No deja de ser muy significativo que, en lugar de levantarle un "monumento" de chatarra, deshumanizado y frío, una estatua "ultramoderna", de aquellas que requieren explicación sobre lo que se ha querido representar, hubiera acudido al cincel y al buril de un artista como Fernando Montañés, cuya obra está respaldada no propiamente en discutibles teorías y logomaquias, sino en su propia vocación y en más de treinta años de trabajo permanente, siempre en obediencia a una pasión creadora, realizada con honradez, lejos de toda improvisación, de toda comercialización y de todo afán publicitario. Otro acierto que queremos destacar en esta nota, es el haber colocado la estatua frente a la bella casona colonial que habitó Vásquez Ceballos durante gran parte de su vida y que, dicho sea de paso, sería conveniente restaurar y dedicarla a menesteres culturales, desalojando de ella los inquilinatos y los ventorrillos que mancillan su hermosa tradición y su propia dignidad histórica. La estatua, en verdad, está dentro de un marco espacial de significativos contrastes. Porque la plazuela tiene sus límites de majestad: por el oriente, limita con la casa colonial de Vásquez Ceballos, como ya se dijo antes; por el norte, con la moderna estructura arquitectónica de la Biblioteca Luis-Angel Arango; y por el occidente, con la Hemeroteca Luis López de Mesa, inaugurada recientemente en el bello

caserón colonial cuyo claustro rodeado de arcadas nos transporta nostálgicamente a otras épocas. Es decir, que el monumento a Vásquez Ceballos preside, con su bello silencio de bronce y movimiento, toda un área histórica y cultural. Y justamente, la plazuela es a la vez algo así como el epicentro del tradicional Barrio de la Candelaria, zona histórica por excelencia, donde aún mora el alma del viejo Santafé, entre la bruma del tiempo y el aroma de los gratos recuerdos.

Pero como veníamos hablando de Fernando Montañés, de su vida y de su obra, volvamos a ellas, para destacar algunos aspectos importantes. El escultor nació en Bogotá, en el barrio de Chapinero, hace aproximadamente cincuenta años. Descendiente de imageneros profesionales, de ellos heredó no solo su firme vocación artística, su fina sensibilidad, sino también ese sentido un poco aventurero y romántico de la vida. Tanto su padre como su abuelo trasegaron por veredas, caminos, villas, dejando en todas partes su huella de artistas en imágenes religiosas, preciosas tallas en madera, que hoy son patrimonio de la cultura nacional. Eran forjadores de un arte ingenuo, sencillo, animado por la fe religiosa, y por eso sus tallas conservan la frescura y la transparencia de las cosas que fluyen del espíritu sin falsos oropeles y sin rebuscamientos inútiles. Haciendo y deshaciendo caminos, de día y de noche, a pie y a lomo de mula, como los trovadores y juglares de otras épocas, o como los primeros impresores que en el siglo XV iban de aldea en aldea, difundiendo la maravilla que brotaba de sus modestas impresoras móviles, ellos iban visitando pueblos y pequeñas ciudades, para transformar los cedros y los robles en preciosas figuras del arte religioso, en medio de las virutas de aromas deliciosos y los cantos de los armonios y de las mujeres que desde el coro cantaban el ángelus entre la penumbra de las viejas iglesias coloniales. Ese fue el ámbito de la infancia de Montañés. Más tarde, ya adolescente, hizo sus estudios de bachillerato en el Liceo de La Salle, de Bogotá. Allí empezó el artista a buscar, tras los caminos de la sangre, el norte de su verdadera vocación. Siendo estudiante de bachillerato, se dedicó a ilustrar a plumilla los textos de geografía y ciencias naturales que el Liceo publicaba y sigue publicando con destino a escuelas y colegios del país. Más tarde, todavía adolescente, ilustró la famosa sección "Arquitectura Incomparable" que el distinguido esteta y humanista Eduardo Ospina, S. J., dirigió en la Revista Javeriana, de Bogotá, durante más de cuatro años. Al terminar sus estudios de

bachillerato, Fernando Montañés ingresó a la Escuela de Bellas Artes de la Universidad Nacional de Bogotá, en donde tuvo como profesor de modelado al maestro José Domingo Rodríguez y como profesor de dibujo al lamentado Ignacio Gómez Jaramillo. Pero, en realidad, fue de su padre, según confesión del artista, de quien aprendió las técnicas estructurales de anatomía artística, que siempre están presentes en sus obras escultóricas. En 1952 viajó a España, becado por el gobierno colombiano, con el fin de adelantar sus estudios en la Academia de San Fernando, en Madrid, y, posteriormente, en la Academia de Santa Isabel de Hungría, de Sevilla. Al regresar a Colombia, recibió el encargo de tallar en madera "La Asunción", para la capilla del Palacio de la Nunciatura Apostólica, de Bogotá. Su prestigio como escultor fue creciendo, a medida que sus obras fueron siendo conocidas y admiradas, en plazas, parques y avenidas, y su trabajo fue solicitado por entidades tan importantes como la Academia Colombiana de Historia, la Sociedad de Mejoras Públicas de Bogotá y el Senado de la República. Gobiernos y entidades culturales de otros países le han llamado en muchas ocasiones, de tal manera que su obra artística ya rebasa los lindes nacionales. Aunque Fernando Montañés esporádicamente trabaja en madera, yeso y cerámica, su especialidad ha sido el bronce, material con el que se ha destacado entre los más notables escultores colombianos de los últimos tiempos. Entre sus principales esculturas merecen citarse las del escritor Luis Eduardo Nieto Caballero, ubicada en el parquecillo de la calle 68 con carrera 14, en Bogotá; la de Laureano Gómez, en el recinto del Senado de la República; la réplica del medallón que David Ingrés hizo al General Santander, en París, obra que podemos admirar en el edificio principal de Avianca, en Bogotá; el monumento al prócer de la Independencia, Antonio Ricaurte, en la Villa de Leiva, hecho por encargo especial de la Embajada de Venezuela en Colombia; el busto del eminente pensador y sociólogo Luis López de Mesa, en la Hemeroteca del mismo nombre, en Bogotá; el Santander gigante, colocado en la frontera entre Colombia y Venezuela, sobre el río Orinoco, en Puerto Carreño; el monumento de George Canning, en la Canning House, de Londres, hecho por encargo del gobierno británico. Y es que, en medio del arribismo artístico, del esnobismo estético, de todas esas corrientes que han tratado de deshumanizar el arte en nombre del avance tecnológico y de la modernización, el estilo de Fernando Montañés y sus intrínsecas calidades estéticas, llenas de calor humano,

de fidelidad al hombre y a sus valores físicos y psicológicos, sigue siendo solicitado por quienes ni se deslumbran con las novelorías de última hora ni contemporizan con la crítica superficial de quienes consideran que el arte es algo dependiente de las modas pasajeras.

Pero hay también en la obra de Fernando Montañés otra faceta y es la del creador de motivos folclóricos. En ella también vemos su autenticidad, como una línea inmodificable, en su labor escultórica. Sin apelar a recursos foráneos, a extravagancias de dudosa procedencia, a técnicas deleznable, a incomprensibles abstraccionismos, trabajando únicamente con las propias realidades de nuestro pueblo, consultando su idiosincrasia, usos, costumbres, leyendas y simbologías, interpreta con autenticidad los aspectos más protuberantes del alma nacional. Así, por ejemplo, en el monumento al "Hombre Caimán", levantado en la población del Plato, en el departamento del Magdalena, logró captar una famosa leyenda de esa región, leyenda que corre de boca en boca, pues se hizo canción que, además, trascendió los linderos nacionales, para ser cantada en casi todos los países latinoamericanos. Y ese monumento de Fernando Montañés es la canción misma convertida en bronce.

Gracias, pues, al Banco de la República, nuestro gran pintor colonial Arce y Ceballos tiene por fin un monumento digno de su gloria. Y gracias, también, a la misma institución, el escultor Fernando Montañés ha logrado plasmar en bronce una de sus mejores esculturas. Bogotá, también, ha ganado una plazuela bellamente decorada, ahora que en nombre de la "arquitectura moderna" se han derruido hermosos plintos y pedestales para reemplazarlos por fríos parapetos de cemento; se han remodelado hermosos parques y plazas, convirtiéndolos en una especie de secaderos de café; y se han demolido casas de noble arquitectura para levantar sobre sus ruinas elevados edificios que más parecen monumentos al mercantilismo deshumanizado de nuestros días de confusionismo estético.